

Manuel, por propia decisión, ha ido al extranjero para ampliar sus estudios; pero ha ido seguro de que al volver contraerá matrimonio con Matilde, hacia la cual siente, si no amor, esa simpatía juvenil que tan fácilmente puede transformarse en él.

Matilde también ve en su primo al marido futuro, pero más aún al hombre que puede proporcionarle aquellos dos millones de pesetas, con que sueña, para satisfacer todos sus anhelos de vanidad, lujo y coquetería.

Antes de partir Manuel, que estaba de practi-

Durante la ausencia de Manuel ocurren sucesos graves que determinan y llevan á su desenlace la acción dramática.

Aparte las condiciones de la familia que le espera, contra las cuales ha de chocar el carácter de Manuel, existen otros acontecimientos internos, si no originadores, determinadores del conflicto. Matilde ha conocido á Enrique y ha sido suya. Los dos, sin embargo, están de acuerdo en no casarse y en que la boda con Manuel se verifique, sin perjuicio de continuar ellos sus relaciones después, engañando



MATILDE (Srta. Vadillo)

Fot. Compañy

cante en un hospital, conoció allí á Aurora, obrera enferma, que falta de recursos se refugió en el asilo y precisamente en la sala donde nuestro héroe prestaba sus servicios.

Asistióla el jóven con esmero; prendáronse uno de otro, y de aquel trato nacieron unas relaciones íntimas rotas solo cuando Manuel, terminada su carrera, salió para el extranjero.

Aquellas relaciones dejaron en el corazón de la obrera huella más profunda que en el del mozo.

á Manuel á mansalva. Por lo que á la madre de Matilde y á un tío de ambos jóvenes (don Ambrosio, magistrado venal) toca, no ven sino la conveniencia de aquel matrimonio que ha de asegurarles una vejez espléndida y libre de cuidados, y dedican sus esfuerzos á mantener en el espíritu de Matilde el propósito y el deseo de aquel enlace.

El que, á vueltas de dulzura y aparente insignificancia, se ocupa en crear obstáculos á la boda, es don Homobono; ¿por qué?... Muy sencillo; no reali-

zándose la boda, todo el dinero queda para las monjas; él lo administra y algo queda de administrar bien.

En tales circunstancias, llega á Madrid Manuel. Aurora, por un incidente correspondiente á la acción dramática, el cual incidente se explicará al hacerse el desarrollo de la trama escénica, sorprende los amores de Matilde y Enrique, siquiera ignore que el Manuel á quien se espera, es el hombre á quien ella ha querido tanto y de quien guarda en su alma perenne recuerdo.

Llega Manuel, y de la primera entrevista con su familia nace el primer choque. Aquel hombre, que trae en el cerebro planes de regeneración humana, de sacrificios por la ciencia, de justicia y progreso, se encuentra rodeado de individuos mezquinos, que no le comprenden y baten en brecha, tratando de locuras é inexperiencias todos sus amplios y humanos propósitos. El magistrado se encoge de hombros al oírle explicar sus altos ideales de justicia; el médico se burla de él cuando manifiesta que se impondrá á las gerres por sus conocimientos científicos, por sus estudios, por sus trabajos, sin cuidarse para nada de cultivar las exterioridades y farsas y oropelos de que tanto se paga el mundo. La madre de Matilde, Matilde misma, miran, entre compasivas y sobresaltadas, á aquel loco que piensa invertir su fortuna en investigaciones y proyectos

que den por resultado el bien de los demás, sin preocuparse para nada de los propios bienes, placeres, comodidades y venturas. Enrique contempla con desdén al soñador ansioso de progresos y reivindicaciones humanas, al hombre que en vez de aprovechar su inteligencia, su actividad, sus conocimientos y sus caudales para dominar á sus prójimos, trata de regenerarlos, de educarlos, de hacerles hombres fuertes, libres y dichosos... Don Homobono se ríe con risa de satisfacción, como si hubiese encontrado en Manuel al hombre que necesitaba para la consecución de sus fines.

¿Dónde he caído yo?—se preguntaba Manuel con asombro idéntico al asombro á que los otros produce.—¿Qué gente es la que me rodea? ¿Qué espíritus mezquinos los que componen mi familia? Sólo hace una excepción en favor de Matilde; la cree buena; las cartas que de ella ha recibido durante la ausencia alentándole para proseguir sus tareas, la hermosura de la muchacha, que al presentarse delante de él ha convertido en deseo amoroso lo que antes era simpatía, todo influye para que conceptúe á Matilde capaz de hacerle feliz, de ser digna compañera suya cuando de ella desaparezcan, gracias á su influjo, los resabios y defectos que una mala educación la han hecho adquirir. Considera fruto sólo amenazado de enfermedad lo que es fruto podrido; y así lo cree y en tal sentido habla con Ma-



DR. RAMIREZ (Sr. Busens)



DON HOMOBONO (Sr. Juárez)

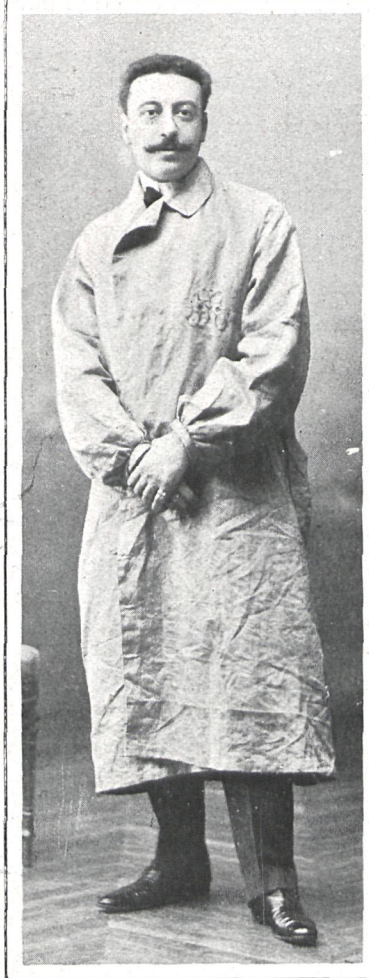
Fot. Compañy



ENRIQUE (Sr. Escobar)



DON AMBROSIO (Sr. Treviño)

MANUEL (Sr. García Ortega)
Fots. Compañy

DOÑA REMEDIOS (Srta. Alverá)

tilde, mientras Aurora, que conoce á fondo á la futura esposa y que á la presencia de Manuel ha sentido revivir el amor que siempre por él ha conservado; Aurora, que oye las esperanzas y los proyectos de su antiguo amante, le compadece y sufre y piensa en evitar por cuantos medios estén á su alcance la desdichada vida que le aguarda.

Así surge el conflicto, que se desarrolla rápidamente. Manuel pretende protestar de la atmósfera hostil que le rodea, y en una hermosa escena con Matilde, expónela todos sus proyectos y todos sus ideales. Pero Matilde no le comprende tampoco y que no sabe ocultar aquella falta de comprensión, no obstante su propósito y su deseo de realizar la boda. «¿Pero tú tampoco, tampoco tú me comprendes?»—dice entonces Manuel.—Pues si no me comprendes tú, ¿qué va á ser de nuestra existencia futura, cómo unir dos almas que giran por distintos polos?»

Aurora sorprende la desesperación de Manuel, y afirmase más en su propósito de salvarle de la perfidia de Matilde, no por guardarle para sí, no por impulsos egoístas, sino por sentimientos de ingénita bondad y de ingénita justicia, por impulsos de un amor noble y franco: ella admira sin comprenderlos, los proyectos, la inteligencia, el poderoso genio de Manuel, y al verle cegado por el amor á Matilde, al ver que aún cree en ella, exclama: «No;

esa mujer no te merece, esa mujer es una infame, querida de otro; se casa contigo porque necesita hacerlo para recoger la fortuna que de otro modo perderá; no, á tí no te quiere, ni te entiende, ni te admira. No te merece porque te engaña; no te merece porque es una infame.»

Manuel no cree lo que Aurora le dice, y atribuye las palabras de aquella mujer al despecho y á otros móviles igualmente mezquinos. Aurora protesta, no quiere ser juzgada de aquel modo.

Además, Aurora tiene una prueba, una prueba de autenticidad indiscutible: sabe que Matilde y Enrique están citados en un pabellón del jardín y se lo dice á Manuel para que pueda sorprenderlos.

Y en efecto; Manuel los sorprende y allí, delante de todos los parientes, que acuden á las voces, renuncia con indignación á la boda, al caudal, ¡qué á eso! á todo trato, á toda relación. «¡Ah!—exclama,—no, vosotros no sois mi familia, no tenéis nada de común conmigo. Espíritus mezquinos, corazones villanos, seres podridos de alma y de cuerpo, para vosotros no existe ya redención posible, hay que abandonaros, que desterraros por inútiles, por perniciosos. De vosotros no pueden salir más que la miseria y el envilecimiento y la ruína material y moral. Quedaos ahí, con los vuestros, con los que son como vosotros; conmigo no podéis venir porque yo no me acompaño de cadáveres insepultos.



Fot. Candela

CAZADOR 1.º (Sr. Carrión)

CAZADOR 2.º (Sr. Soler)

CAZADOR 3.º (Sr. Ramiro)

EL PUÑO DE ROSAS

ZARZUELA DE DON CARLOS ARNICHES Y DON RAMÓN ASENSIO MÁS, MÚSICA DEL MAESTRO CHAPÍ

CARLOS Arniches, maestro en lides teatrales, y Ramón Asensio Más, novicio en ellas, pero que entra en el teatro con buen pié, han dado al hermoso coliseo de la calle de Alcalá la obra de «gran éxito», tan necesaria á toda empresa para asegurarse una buena temporada.

El puño de rosas ha sido, en efecto, muy favorablemente acogido por el público, y desde el día de su estreno puede decirse, sin exagerar demasiado, que las representaciones se cuentan por llenos.

La zarzuela de Arniches y Asensio Más merece que así sea; es un bonito cuadro andaluz en que hay las tres cosas que un actor eximio pedía para las obras dramáticas: acción, pasión y caracteres.

Trátase de una moza, hija de un cortijero de la sierra de Córdoba, de la que está furiosamente enamorado Tarugo, uno de los gañanes del cortijo. A la moza además, la ronda el señorito, hijo del dueño de la ha-



TARUGO (Sr. Pinedo)

Fot. Candela

cienda, que quiere llevarla á Córdoba para hacerla víctima de sus galanteos. En la acción intervienen además el padre de Rosario (Señó Juan), una prima de ella (Carmen), un hermano de Tarugo (José Antonio) y varios cazadores, y el desenlace, muy diestramente hecho, puede verse en las escenas del cuadro tercero que, galantemente autorizados por los autores, reproducimos á continuación. Antes de esas escenas, el señorito ha convencido á Rosario de que debe huir con él, y José Antonio y Tarugo han sido despedidos del cortijo, porque el segundo se atrevió á enamorarse á la moza.

He aquí las escenas á que nos referimos:

ESCENA II

SEÑÓ JUAN y JOSÉ ANTONIO

JUAN.—¡Zeñore, qué mala suerte la mía! ¿Qué tié ese hombre pa habele trastornao er juiso á esa chiquilla? Feo, es más feo que un cangrejo boca arriba. Es galichao, probe, torpón...

J. ANT.—(Asomándose con te-



TARUGO (Sr. Pinedo)



ROSARIO (Srta. Brú)

Fots. Candela

mor por detrás del cortijo y viniendo al centro de la escena.)
¡Zeñó Juan!

JUAN.—(Asustado volviéndose rápidamente.) ¿Quién? ¿Quién es?

J. ANT.—(Con mucha humildad toda la escena.) Zoy yo, zeñó Juan. Oté dispensa. Era pa desile á oté dos palabras.

JUAN.—¿Tú? (Con rabia.) ¿Qué buscas tú aquí, José Antonio?

J. ANT.—¿Ha venio po acá mi hermano?

JUAN.—Ni lo mande Dió. ¡Po la lú de mis ojos que me perdía pa siempre!

J. ANT.—Lo digo po que salió de casa y no ha vuerto entavía. Y yo me dije: ¡no zea que s'haiga dío ar cortijo!

JUAN.—¿Y á qué iba á veni aquí?

J. ANT.—No, á ná; á pedile á oté perdón po el acaloro de enantes ó argo asina.

JUAN.—Pos no ha venio, y ha hecho bien. En sien años no lo perdonaría. Diselo cuando lo veas.

J. ANT.—Home, el agravio no ha sio pa tanto rencó. Después de tóo, mi hernano é una miaja asina, pero güeno, ya lo zabe oté.

JUAN.—(Con ira.) ¿Güeno? ¿Güeno tu hermano? ¡Un arrastrao sin agraesimiento, ese es tu hermanito, pa que lo sepas! ¡Un granuja que venia por mi Rosario y mis cuatro cuartos! ¡Un casurrón redomao y farsó! ¡Un mal nasío! ¡Ese es tu hermanito!

J. ANT.—(Temblando de ira.) ¿Eze é mi hermanito?

JUAN.—Eze é tu hermanito. (Desafiándole con la dureza de las frases.)

J. ANT.—(Conteniéndose.) ¡Cuando ze tien los años de osté se pué desi too eso, zeñó Juan! ¡Quéé oté con Dió!

JUAN.—Vaya oté enhoramala. ¡Pos, home, etamos frescos!

ESCENA IV

PEPE Y TARUGO

PEPE.—(Saliendo cautelosamente por detrás de la casa con la escopeta colgada al hombro.) ¡Me ahogaba en mi cuarto! ¡Me he descorgao por la ventana sin hasé ruío! ¡Er zeñó Juan debe estar ya durmiendo! (Acercándose á la puerta y observando.) ¡Justo, too serrao! Ahora á esperá á las nueve. ¡Dió quiera que Rosariyo no s'arrepienta! ¡Aunque me da er corasón que no! ¡La chiquiya s'colao de vera! ¡Buen bocaio me yevo por cuenta é Tarugo! Y too eto ya sé yo lo que me cuesta. No vorvé po aquí. ¡Pero la mosita lo vale! ¡Caye! Paese que oigo... (Atendiendo al lado de la casa.)

TAR.—(Saliendo de entre los árboles.) Güenas noches, zeñorito.

PEPE.—Eh! ¿Quién? ¡¡Tarugo!! (Con sorpresa y terror.)

TAR.—Ya dije yo que iba oté á poné mala cara en cuanto me vieses.

PEPE.—(Con ira.) ¿Y á qué vienes? ¿Qué buscas tú aquí?

TAR.—Busco lo que oté quiere que se pierda: la honra de una mujé.

PEPE.—(Fingiéndose sorpresa.) ¿Qué estás disiendo tú?

TAR.—Lo que oté entiende. Lo oi tóo eta tarde, conque no se haga oté de nuevas.

PEPE.—Es que no sé qué honra es esa de que hablas, ni sé qué dices.

TAR.—(Con mucha calma.) Si va oté á negá y se va oté á poné cobarde, le escupo á oté á la cara y me voy. (Haciendo ademán de irse.)

PEPE.—(Deteniéndole.) ¡Aguarda, granuja!

TAR.—(Con satisfacción.) ¡Ezo é otra coza! ¡Ahora vamo á entendernos!

PEPE.—Di lo que quieras, pero no orvíes un momento que soy el amo.

TAR.—Déjese oté de múzicas, zeñorito! Aquí no zemos ni más ni menos. Aquí no hay más que dos hombres, dos balas y un rencó mu grande. Vamo á repartirnos tóo eso lo mejor que se puea.

PEPE.—(Con decisión y rabia.) Como tú quieras. Y si lo sabes tóo, ya lo sabes. Rosario te paesió tuya, pero es mía, ¿qué hay que pagá por eso?

TAR.—Zeñorito, lo que ha hecho oté conmigo, ayá en Córdoba no zé, aquí, en la zierra, cuesta mu caro.

PEPE.—¿Cuánto, poco más ó menos?

TAR.—La vida d'un hombre.

PEPE.—Pues te va á costar trabajo cobrarte. (Echando mano á la escopeta.)

TAR.—(Sin inmutarse.) Ya lo zé. Ya zé que la vía de oté no

vale ná. Por esa desinificansia no hubiese venío. Vengo por la honra de una mujé; por esa, yo daré lo que haga farta.

PEPE.—(¡Mardita zea! ¡Si yo pudiese avisá á Frasquito!)

TAR.—Conque á lo mio. ¿Oté no viene aquí á yevarse á Rosario?

PEPE.—Por eya vengo.

TAR.—Pos vuérvase oté á Córdoba, po que oté no ze la yeva.

PEPE.—¿Quién me lo va á impedi?

TAR.—Yo.

PEPE.—¿Con qué autoriá?

TAR.—¿Con qué autoriá ha cogio oté er corasón de un pobre, lo ha jecho oté peaso y lo ha tirao á los perros? ¿Con la de su capricho? Pos con esa. Sino que yo soy más leal que oté, porque mis caprichos, con éste (golpeándose el corazón) los pago; con esta (señalando su escopeta) los cobro.

PEPE.—Tóo eso á eya que no t'ha querío. ¿O eres tú de los que se empeñan en que los quieran á la fuerza?

TAR.—¡Mentira! Yo no busco á puñalás er cariño é las mujeres.

PEPE.—Pos no veo la prueba.

TAR.—Pos la va oté á vé. Llame oté á esa puerta, pídense'a oté á su pare, y con er corasón clavao é puñales yo mesmo se la yevo á oté ar pié del artá. Pero sacala d'aquí en silencio y á la escapá pa jase una perdía de la que ha sio mi esperansa. ¡eso no lo sueñe oté! ¡Me jase oté peaso y las uñas de mis manos s'ajuntarian pa esgarrarle á oté las entrañas! Conque ya lo zabe oté, zeñorito, hay dos caminos: ó yama oté ar cortijo y ze la pié oté ar zeñó Juan, ó baja oté ahora mesmo po este



ENÑÓ JUAN (Sr. Mesejo J.)



SEÑORITO (Sr. Reforzó)

Fots. Candela



JOSÉ ANTONIO (Sr. Ontiveos)

camino, y ayá en la vereá (r barranco. etá Frasquito con la jaca, monta osté en eya y á Córdoba. Elija osté pronto.

PEPE.—¿Y eres tú quien me lo mandas?

TAR.—Yo mesmo. Y no zabe oté qué alegría le da á un probe podé mandá con justisia á un zeñorito. ¡Yo lo mando!

PEPE.—¡Pos la vía te va á costá! (*Amenazador y furioso le apunta con la escopeta.*)

TAR.—¿A mí? (*Da un salto formidable, se lanza sobre Pepe, lucha con él, forcejea y le quita el arma.*)

PEPE.—¡Vete d'aquí ó te abraso, so granuja!

TAR.—¡Quieto! (*Luchan.*)

PEPE.—(*Forcejeando.*) ¡Suelta, ladrón!

TAR.—(*Venciéndole.*) ¡No sea oté tonto! ¡Venga eso! (*Le quita la escopeta y la tira lejos.*) Asina. (*Con sosiego y dolor.*) Y no pase oté pena; si hubiese oté disparao no mata oté ná. (*Señalando el pecho.*)

¡Aquí ya no quea corasón! A Córdoba, zeñorito, lejos de esta casa.

PEPE.—¡Mardita zea tu vía perra!

TAR.—(*Exaltándose.*) ¡A Córdoba, ó po la honra é mi mare que lo de-jo á oté clavao en ese mesmo sitio! (*Apuntándole con la escopeta.*)

PEPE.—¡Granuja! ¡Abusas de que no puco defenderme ni hasé ruío!

ESCENA V

DICHOS Y ROSARIO

ROS.—(*Salé llamando.*) ¡Pepe! ¡Pepe!

TAR.—¡Eya!

PEPE.—¡Rosario! (*Intentando avanzar hacia ella.*)

TAR.—(*Hecho una fiera, interponiéndose.*) ¡Atrás!

ROS.—(*Al verle, aterrada.*) ¡Dió mío!

PEPE.—(*Desesperado.*) ¡Ladrón!

TAR.—Lejos d'aquí, zeñorito. ó aquí á los pies de eya deja oté la vía.

ROS.—(*Suplicante á Tarugo.*) ¡Por Dió! ¡No! Huye, Pepe.

PEPE.—(*Desesperado.*) Me voy, si que me voy; me vense la ocasión, pero mardita zea mi zangre zi no me las pagas. ¡Mialas! (*Jurando.*)

TAR.—(*Viéndole marcharse.*) ¡Azina! ¡A Córdoba! ¡Zolo! Arguaa alegría había yo de tené!

ROS.—(*Llorando.*) ¿Es esta tu vengansa?

TAR.—(*Cambiando al tono humilde.*) Esta es, Rosario. Y ya ves qué vengansas tan rui-nes tié er probe Tarugo; ¡de-velverte la honra!

ROS.—(*Desesperada.*) ¡Dió mío!

ESCENA ULTIMA

DICHOS menos PEPE. Luego el SEÑÓ JUAN, CARMEN y JOSÉ ANTONIO

CARMEN.—(*Dentro.*) ¡Que no etá, tío Juan, que no etá!

JUAN.—(*Dentro.*) ¿Qué pasa? ¿Qué es eso? ¿Qué dises?

ROS.—(*Aterrada, huyendo hacia la fuente.*) ¡Mi pare! ¡Josú!

TAR.—(*Deteniéndola.*) ¡Huye á casa!

CARMEN.—(*Dentro y á grandes voces.*) ¡Por Dió! ¡Que s'ha ío, que no etá! ¡Que se la yeva er zeñorito!

J. ANT.—(*Saliendo.*) ¡Tarugo! ¡Por fin! ¡Tú aquí! (*Reparando en Rosario.*) ¡Y con eya!

JUAN.—(*Dentro.*) ¡Rosario! ¡Rosario! ¿Aonde estás?

CARMEN.—(*Dentro.*) ¡Er zeñorito se la lleva!

JUAN.—(*Saliendo desesperadamente.*) ¡Mi hija! ¡Mi hija! ¿Aonde está mi hija?...

TAR.—(*Acercándola á su padre.*) Zeñó Juan, aquí la tié oté.

JUAN.—(*La abraza llorando.*) ¡Hija! ¡Hija é mi vía! ¡En mis brazos! ¡Gracias, Dió! ¡mío!

CARMEN.—(*Saliendo y abrazándola; queda Rosario en medio.*) ¡Eya, eya aquí!

ROS.—¡Perdón, pare, perdón!

JUAN.—¡Y ese asesino arrastrao! (*Furioso.*)

TAR.—¡Ya va camino é Córdoba, déjele oté con Dió!

JUAN.—Y nosotros fuera, fuera er cortijo pa siempre. Este ángel m'ha dicho la verda. (*Por Carmen.*) Gracias Tarugo. ¡Perlóname lo que te he insurtao; yo estaba siego!

TAR.—No s'apure oté; yo también lo estaba. Ahí tiene oté á su hija; no me guarde oté rencó po habé levantaos los ojos hata eya. Ya vé oté, de argo güeno ha servío.

JUAN.—¡Hija mía, hemos estrosao un corasón hermoso!

TAR.—(*Sonriendo con amargura.*) Deje oté, no le hase. Tarugo é un peaso é bruto que ni siente ni paese. (*Pausa, durante la cual Tarugo llega á la ventana y coge el puñao de rosas que dejó Carmen al principio del cuadro.*) ¡Adió, zeñó Juan!

JUAN.—¿Aonde te vas? (*Con amargura.*)

TAR.—Ayá arriba é la zierra, á poné er corasón más en arto; y á devolverle estas rosas á la Vigen! ¡Adió, adiós pa siempre, Rosario!

J. ANT.—(*Da maquinalmente unos pasos para seguir á Tarugo, se detiene y dice.*) ¡Zeñó Juan, eze, eze é mi hermanito!

TELÓN RÁPIDO

Por las escenas que acabamos de reproducir, puede formarse cabal juicio del resto de la obra y de la justicia con que ha sido aplaudida. Los tipos están en ella bien estudiados y admirablemente movidos, y las escenas resultan por ello interesantes todas.

De la música, baste decir que es del maestro

Chapí para que resulten inútiles todos los adjetivos encomiásticos. Chapí, que es sin disputa el mejor entre los compositores españoles, ha hecho una obra más entre las muchas que dignas de loa tiene en su extensísimo repertorio, y ha conquistado un nuevo triunfo.

Autores y músico han estado á igual altura, y por esta vez puede asegurarse que la crítica y el público han coincidido en sus juicios y que el buen



CARMEN (Srta. López Martínez)

Fot. Candela